

Era la hija menor de la familia Guerin. Tenía un hermano cura que decía siempre que sí. Ella decía siempre que no. Su madre le dijo: « Si dentro de un año no estás casada, ¡ el convento! » Y así lo hizo.

Claudina desmoralizó el convento de Montfleury. La echaron, vino á París, se hizo amigos, traficó con Law, cansó al Regente, se contentó con Dubois; fué acusada de la muerte del consejero Lafresnayé, que se había suicidado por ella; entabló relaciones con Richelieu, del que decían que era una honra el ser deshonrada por él; trató con él de amor y de política; tuvo un salón de letras; mandó todos los años á sus amigos, escritores pobres, unos calzones de terciopelo negro y murió diciendo: « Las personas de ingenio cometen muchas torpezas porque nunca se figuran que el mundo es tan tonto como lo es en realidad. » Fontenelle hizo de ella la siguiente oración fúnebre:

Conocía mis aficiones y me ofrecía siempre el manjar que prefería. Nunca me pasará lo mismo en las comidas de la Sra. Geoffrin.

Por muy incompleta que se hiciese, necesitaría la historia de sus amores un tomo abultado. La lista exacta de sus amigos representaría una linda nomenclatura: el Regente, el cardenal Dubois, Argenson, Law, el abate de Louvois, el duque de Richelieu, Bolingbroke, Dillon, su médico Astruc, Lamotte-Houdart, el viejo Fontenelle, Argental, el caballero Destouches (de quien tuvo un hijo, d'Alembert), y el banquero La Fresnaye. Fué verdaderamente, según la expresión de Richelieu « la querida de todo el mundo »<sup>1</sup>.

Era capaz de otras faltas y se sospechó que había tomado parte quizás en algunos envenenamientos. Celebraban ante el abate Trublet sus buenos modales y su dulzura. « Sí, decía el abate, si tuviese interés en envenenaros, escogería el veneno más suave. » No le bastaron las intrigas de amor y, desde el día en que se escapó del convento de Montfleury, procuró conciliar el placer y el interés y desempeñar por medio de sus amantes un papel político. Lo consiguió. Gracias á Dubois, llegó á ser una potencia en el Estado y pudo hacer nombrar cardenal á su hermano. Gracias á su excelente amigo Law, pudo labrar su fortuna. Gracias á Fontenelle, se rodeó de escritores y de hombres de ingenio, cosa que había sido su última ambición. Tentóla la gloria literaria; escribió novelas de sentimiento y de aventuras de las que la más célebre, el *Conde de Comminges*, es aún agradable de leer. Fué teóloga y sostuvo una correspondencia con el papa Benedicto XIV. Su espíritu era vivo y penetrante; varios de sus juicios literarios tienen extraordinaria profun-

1. Es muy triste para el bello sexo que las mujeres que se entregan á las letras se suelan distinguir por el desarreglo de su vida privada y por el desenfreno de sus costumbres. Por fortuna entre nosotros estos lamentables casos son una excepción. (N. del T.)

dididad y se cita de ella una frase, pronunciada en 1747 y que demuestra la seguridad de su mirada: « Si Dios no pone visiblemente mano en el asunto, es físicamente imposible que no se derribe el Estado. »

Á la muerte de la Sra. de Lambert, el Martes, según nos cuenta el abate Trublet, verificóse en casa de la Sra. de Tencin. Tuvo un salón de moda. Los invitados reconocían su ingenio y se preocupaban poco por lo demás. Hacía falta una gran dama, rica é instruida, para dar albergue á los literatos; ella era la única capaz de ejercer semejante misión. Algunos años más tarde, en su decadencia, la Sra. Geoffrin había de acechar su herencia y tomar lecciones suyas. « ¿ Sabéis lo que viene á buscar por aquí la Geoffrin? preguntaba entonces á sus amigos. Viene á ver lo que podrá llevarse de mi inventario. »

Así se sucedieron durante el siglo diez y ocho, las « oficinas de ingenio ».

Se encontraba en los Martes de la Sra. de Tencin á Marivaux, á Montesquieu, á Duclos, á Lamotte, á Piron, á Helvetius, y á Fontenelle, que eran los invitados habituales y de cuando en cuando se unían algunos extranjeros: Bolingbroke, Chesterfield, y Tronchin á lo que ella llamaba su « casa de fieras ».

Dominaba bastante á toda aquella gente, repartiendo regalos, pero diciendo á cada uno sus verdades. La conversación era menos seria que en casa de la Sra. de Lambert, pero no menos filosófica. Si hemos de creer á Marmontel, faltaba siempre, á pesar de la amabilidad del ama de la casa, algo de confianza y de naturalidad. Había allí muchos habladores; Marivaux estaba siempre pensando en expresarse con elegancia y el viejo Fontenelle, horriblemente sordo, se consolaba de no poder escuchar, charlando interminablemente.

Duró el reinado de la Sra. de Tencin hasta su muerte, acaecida en 1749; su salón se había hecho ilustre: nadie se acordaba ya de su juventud tumultuosa y de las trágicas aventuras en que se vió metido su nombre ni de los días que pasó en la Bastilla.

No se había equivocado la Sra. de Tencin al designar á su heredera; fué esta la Sra. Geoffrin.

Se daban dos comidas por semana en la calle de Saint-Honoré, la del lunes, para los artistas, en la que se encontraban Boucher, Van Loo, Vernet, Lagrenée y Latour, y la del miércoles para los literatos, cuyos comensales asiduos eran d'Alembert, Morellet, Raynal, Grimm, Holbach, Marivaux y Marmontel. Para establecer un lazo de unión entre ambos mundos se convidaban algunos literatos á la comida de los artistas y recíprocamente. Tanto el miércoles como el lunes no se encontraba allí más señora que la Srta. de Lespinasse.

La Sra. Geoffrin (1699-1777) era bonita. Su retrato, pintado por Nattier, es imponente y nos da la impresión de una mujer alta, hermosa y

de facciones regulares, de rostro perfectamente ovalado, peinado levantado, nariz griega, ojos bellos y grandes y pecho plástico.

No hay que pensar en la vieja Sra. Geoffrin, grabada por Miger, con su aire pensativo y el rostro alargado por las mejillas, antes tan frescas y ya caídas; es ésta la mujer anciana grabada también por Chardin (museo de Montpellier) pintada por Hubert Robert en una serie de cuadros encargados por ella misma y que representan escenas de su vida íntima: la Sra. Geoffrin almorzando con las religiosas de la abadía de San Antonio de París. Tenía buen cuidado en asegurarse la posteridad.

Sus últimos historiadores, Segur y Tornezy, han estudiado los siete grandes cuadernos forrados de cuero verde, escritos de puño y letra de la Sra. Geoffrin y que se encuentran actualmente en casa de la marquesa de Etampes, así como los papeles manuscritos de la hija de la Sra. Geoffrin, la Sra. de La Ferté Imbault, y además una colección de cartas dirigidas á la Sra. Geoffrin por la emperatriz Catalina, y las cartas de la Sra. Geoffrin á Hume, que se encuentran en la sociedad real de Edimburgo. Son estos documentos nuevos y preciosos para la biografía de la Sra. Geoffrin.

Fué una de las más brillantes de aquellas encantadoras figuras de mujeres del siglo dieciocho. Consideremos el delicado retrato que de aquella ilustre burguesa hizo Horacio Walpole:

« La Sra. Geoffrin es una mujer extraordinaria que posee el mayor sentido común que he tenido ocasión de encontrar para descubrir los caracteres y penetrar hasta sus últimos repliegues, y un lápiz que siempre acierta en sus retratos bastante severos en general; exige y conserva á pesar de su nacimiento y de las absurdas preocupaciones que reinan aquí acerca de la nobleza, una verdadera corte y muchas atenciones. Lo consigue por medio de mil pequeñas maniobras, y de una franqueza y una severidad que parecen ser su medio de atraer á su casa á mucha gente, pues no deja de reñir á aquellos por quienes se interesa. Tiene poco gusto y menos ciencia, y hace la corte á cierto número de personas para conservar el crédito necesario para sus protegidos. Ha hecho su educación con la famosa Sra. de Tencin, que le aconsejó que no rechazase nunca á ningún hombre, porque, decía su institutriz, « aun cuando nueve de diez no hicieran más caso de vos que de un bledo, el décimo puede llegar á ser un amigo útil. »

¡Ah! ¡qué encantadora mujer! Sólo se la conoce vieja y célebre, porque su juventud fué obscura. Era preciso derramar alguna luz sobre aquella juventud.

La Srta. Rodet habitaba en la calle de Prouvaires, en casa de su padre; y cuando perdió á éste, fué á vivir en la calle Saint-Honoré, con su abuela Chemineau, mujer que estimaba en más el juicio que la ciencia. Decía: « Si mi nieta es una tonta, la ciencia la haría vanidosa é insopor-

table; si tiene ingenio y sensibilidad, suplirá con su talento lo que no sepa. »

Es curioso observar que la Sra. Geoffrin, que había de presidir más tarde un salón literario no recibió instrucción en su juventud. Hasta se despidió al maestro de baile. « Cuando esta niña quiera saltar, que salte, decía la abuela; pero no necesita ser una bailarina. » Era un tipo la tal abuela Chemineau, de espíritu recto, sólido, resuelto y sencillo. Hizo aprender á Teresa (la Sra. Geoffrin se llamaba Teresa Rodet) el canto, pero sin acompañamiento de instrumentos, que no quería tolerar de ningún modo: « ¡Hacen demasiado ruido! »

Teresa se entregó en un principio á la devoción y al misticismo. Á los catorce años se hablaba de ella en el barrio, y el mismo Diderot había observado á aquella chiquilla tan sencillamente vestida. Ya pensaba en el convento. El año siguiente se casó con un viejo viudo muy rico, el Sr. Geoffrin, fabricante de cristales y espejos. Tenía cincuenta años y ella quince.

Aquel matrimonio tan extraordinario vivió en aquel hotel de la calle Saint-Honoré cuya fachada existe aún hoy día en el n.º 372, y que pronto había de convertirse en el reino del ingenio.

Los primeros tiempos fueron tranquilos. El Sr. Geoffrin pudo felicitar-se por haber encontrado una mujer joven, modesta y económica. Contaba sin la literatura. Su mujer conoció á aquella bribona inteligente que se llamaba la marquesa de Tencin, mujer superior en todo, en talento y en vicio, y que abandonó un día á su hijo en las gradas de la iglesia San Roque, sin figurarse que era d'Alembert. Ella fué sin embargo la que sirvió de madrina á la Sra. Geoffrin en el mundo de las letras. La atrajo á su salón.

No perdió allí el tiempo la recién llegada. Gustó á todos los concurrentes y se los llevó á sus propios salones de la calle Saint-Honoré.

Aquello fué un escándalo. El Sr. Geoffrin, que se había creado una existencia tranquila, puso el grito en el cielo ante aquella invasión de ingenios hambrientos. Hubo disputas con ocasión de cada comida. Acabó por ceder refunfuñando y se resignó á permanecer en su butaca en un rincón del salón lleno de celebridades, silencioso, solemne y aburrido. Un día quedó vacío su sillón. Uno de los visitantes preguntó por aquel vejete que siempre se sentaba allí y no abría la boca, y el ama de la casa contestó: « Era mi marido. Ha muerto ». Y esto fué todo. Nadie volvió á hablar del Sr. Geoffrin y nadie ha vuelto á pensar en él.

La Sra. Suard admiraba á la Sra. Geoffrin « con su elevada estatura, sus cabellos de plata cubiertos con una cofia, su compostura tan noble y tan decente y el aspecto de bondad y de razón que en ella reinaba. » Razón y bondad, razón sobre todo, tales son los rasgos dominantes de su carácter; agréguese á él un poco de orgullo burgués, la satisfac-

ción íntima de verse admirada, casi ilustre y de pensar que se tiene el salón literario más hermoso de París. Pero su sana razón la preservó siempre de la ridiculez y le sirvió de ingenio.»

Escribía Walpole:

« La próxima vez que la vea, pienso decirle: « ¡ Oh sentido común, « siéntate ahí! »

A falta de otros talentos, tuvo por lo menos el de hacer de su salón el más célebre de la ciudad y el más importante del siglo. Los extranjeros de distinción, á su paso por París, se creían muy felices si eran admitidos una sola vez en su casa. Alemania, Italia, Inglaterra se vieron representadas en la calle Saint-Honoré por Creutz, Galiani, Hume y Walpole.

El bueno del Sr. Geoffrin había reunido, fabricando sus espejos, una bonita fortuna y la Sra. Geoffrin hacía bien las cosas. ¿ Debió únicamente su éxito á las cualidades de su ingenio, al encanto de su conversación de que nos hablan sus amigos? ¿ Acaso lo debió también á los regalitos que repartía entre sus convidados? No podemos afirmar nada. Poseía, es preciso confesarlo, cierto talento para dirigir la conversación, deteniéndola cuando se aproximaba á la broma ilícita. Servíale de mayordomo el viejo académico Burigny y á él echaba en cara todos los deslices en que incurría la conversación. Su familiaridad voluntaria, sus modales de abuela regañona, eran en el fondo bastante hábiles, pues le permitían gobernar en parte su salón. No estaban permitidos todos los asuntos en la calle Saint-Honoré; no hacía falta ni demasiada alegría ni demasiada filosofía; sobre todo estaban prohibidas las opiniones avanzadas. La Sra. Geoffrin tenía gran afición á la Enciclopedia, pero tenía su tribuna en la iglesia de los Capuchinos y quería estar bien con todo el mundo. Era para los invitados de su hotel muy mala nota el haber estado en la Bastilla, aunque sólo fuese por algunos días, y ya se lo hizo sentir á Marmontel.

En 1766 señaló un gran acontecimiento un hermoso día en la vida de la Sra. Geoffrin. Estanislao Poniatowski, á quien había recibido en su casa siendo niño, le escribió un día: « Mamá, vuestro hijo es rey », y la invitó á ir á visitarle á su corte. Aquella burguesa de París, que nunca había pasado de Poissy por el Oeste y de Saint-Denis por el Norte, se puso en camino para Polonia. Fué aquel viaje una especie de triunfo. La Sra. Geoffrin era ilustre; á su paso los príncipes, sus antiguos invitados, fueron á saludarla como una soberana. En Viena le tributaron los mayores honores. En Polonia, por último, llegó á su colmo el enterrecimiento. Hasta hubo un momento en que se le subió la gloria á la cabeza á la Sra. Geoffrin; á pesar de su buen sentido, llegó á perder el sentimiento de lo ridículo. Sólo se dió cuenta de ello más tarde, cuando se encontró de nuevo entre los suyos, en su tranquilo reino de la calle

Saint-Honoré. Lo más original era ver á aquella mujer de humilde nacimiento, sin título, que vivía con cuarenta mil libras de renta, dominar la sociedad mundana; aquel salón burgués brillaba más que las más aristocráticas casas de París y se convertía en el centro y el foco de las letras francesas, sin nobleza y sin riqueza, pues nos cuenta Marmontel que las más veces se cenaba una tortilla, un pollo y un plato de espinacas.

Ayudábale su hija, cuya alegría era inagotable, inmortal, como decía Maupertuis, la futura Sra. de La Ferté Imbault, que más tarde había de hacer suceder á las académicas reuniones de su madre, las de la orden de que era gran maestra, la orden de los *Lanturelus* y los *Lampions*, cuyos cantos hubieran hecho velarse el rostro á la Sra. Geoffrin si los hubiese oído. Los salones se siguen y no se parecen.

Tenía la Sra. Geoffrin una rival, la marquesa du Deffand (1697-1780) la que la llamaba la Geoffrin á secas y que dijo á su muerte una frase cruel, porque le componían Morellet, Thomas y d'Alembert oraciones fúnebres: « ¡ Cuánto ruido para una tortilla de jamón! »

En su casa del convento de San José, en la calle de Saint-Dominique, recibía la Sra. du Deffand una sociedad menos numerosa y más escogida. Excluía á las medianías, hacía poco caso de los artistas y no tenía mucha afición á los filósofos en folio. Acogió por excepción á d'Alembert y á algunos de los enciclopedistas, pero no tuvo motivos para alegrarse de ello. Escatimaba su amabilidad aun á aquellos que pasaban por amigos suyos y se fiaba poco de ellos. Decía de sus invitados: « Son imbéciles que sólo dicen tonterías, que nada saben ni sienten nada, que están llenos de sí mismos; son envidiosos, perversos y que se deben odiar ó despreciar ». Los soportaba sin embargo, pues ellos solos podían aliviar su incurable aburrimiento. Y sin embargo, á pesar de su eterna frialdad y de su espíritu satírico, poseía gran encanto y todos se sometían á ella. Era despiadada en sus burlas y hacía con una palabra caricaturas sangrientas. Se burlaba de todo el mundo; pero lo hacía con tanta gracia que no había medio de guardarle rencor.

Una palabra que se repite continuamente en sus cartas nos da la clave de su carácter: es el fastidio. La marquesa du Deffand se aburría y esto era en ella un sufrimiento continuo, una enfermedad sin remedio. Conservaba de su juventud y de sus principios novelescos en el mundo, en tiempos de la Regencia, un resto de amargura, una desconfianza general para con los hombres y una frialdad soberana. Habíase secado muy temprano su corazón; era toda inteligencia é ingenio, pero incapaz de sentimiento y desesperada de sentirse así. Sin fe religiosa ni filosófica, con el alma desgarrada, buscó en la amistad un refugio que no halló. El presidente Henault, Voltaire, Pont de Veyle fueron para ella excelentes amigos, discutieron su escepticismo y le hicieron pasar algunas

horas escuchándola analizar su dolencia y conversando por cartas acerca de la moral, de la literatura y de sí misma. Pero todos padecían la misma enfermedad y sus fastidios no se consolaban unos con otros. Las cartas de la Sra. du Deffand, que son quizás después de las de la Sra. de Sevigné, la obra maestra de nuestra literatura epistolar, nos cuentan en detalle la historia de aquel alma afligida, los progresos de su pesimismo y sus estériles discusiones. Su salón y la dominación literaria que hizo triunfar á d'Alembert en la Academia parecieron arrancarla un momento á su eterno desencanto. Pero entonces vino á herirla otra desgracia : quedó ciega. No dejaron por eso sus amigos de interesarse por ella, pero la « noche de muerte » que la rodeaba y la inacción y la continua meditación á que se veía condenada no eran á propósito para aliviar el malestar de alma.

Por último, hacia 1766, después de haber gastado su vida y cuando contaba ya cerca de setenta años, conoció á Horacio Walpole, le recibió en su casa, se hizo su corresponsal y, aunque demasiado tarde, se enamoró de él.

Temiendo Walpole el ridículo, intentó desalentarla por todos los medios, pero sus durezas, lejos de calmar su afecto no hicieron sino exasperarlo. Fué aquella una amistad ardiente, un amor verdadero y sin ejemplo. Aquella necesidad de ternura y de lágrimas que dormía desde hacía tanto tiempo en el fondo de su alma, encontró al fin con que satisfacerse. Lloró y se encontró feliz. Aquellos últimos años fueron los más felices de su vida.

Pero antes de conocer á Walpole, se había visto dolorosamente herida en su amor propio la Sra. du Deffand. Había traído en 1752 de un viaje á Borgoña una señorita de compañía, algo parienta suya y que se llamaba Srta. de Lespinasse (1732-1776). La recién llegada, aunque sin ser muy bonita, tenía sin embargo tanto ingenio y seducción como su ama.

Conversaba deliciosamente. Pronto se supo que escribía de un modo encantador. Llamó la atención desde el primer día y supo conquistar á d'Alembert. Pronto tomaron las visitas de la Sra. du Deffand la mala costumbre de llegar á la calle de Saint-Dominique una hora antes de que estuviese visible la marquesa, para charlar con la Sta. de Lespinasse. Habían trabado esta conspiración Marmontel, d'Alembert, Turgot y Condorcet. No tardó en descubrirla la Sra. du Deffand, sufrió profundamente con ello su orgullo y echó á la calle á la Sta. de Lespinasse como á una criada. Pero todos sus amigos la siguieron y, con ayuda de la Sra. Geoffrin, á quien no disgustó la aventura, la instalaron en la calle Bellechasse, á pocos pasos del convento de San José. Allí abrió á su vez un salón literario y allí emigraron muchos de los antiguos amigos de su ama. Reinaba en él gran libertad y abandono. Había menos

grandes señores y más filósofos : d'Alembert, Turgot, Condillac, Mably, Suard, Thomas, Marmontel. La Srta. de Lespinasse había aprendido de su ama el arte de dirigir las conversaciones. En ninguna parte, escribe Marmontel, era tan viva, tan brillante ni tan bien dirigida la conversación como en su casa. Era un fenómeno raro aquel grado de calor templado y siempre igual que sabía mantener en ella, moderándola ó animándola según las ocasiones. Comunicábase á su espíritu la continua actividad de todo su ser, pero con mesura. Su imaginación era el móvil y su razón el regulador. La palabra razón es la que más se repite en los juicios de los contemporáneos sobre la Sta. de Lespinasse : pasó por una persona muy razonable, que tenía como su protectora más ingenio que corazón. Su correspondencia, publicada más tarde, nos la hace ver bajo un aspecto enteramente diferente, dándonos la clave del drama secreto que destrozaba su corazón y que siempre ignoró el mundo.

Cuando vivía la Srta. de Lespinasse la supusieron equivocadamente la querida de d'Alembert, porque éste había venido á vivir bajo su techo; nadie le conocía otro amor. Se supo más tarde, cuando se publicaron sus cartas al Sr. de Guibert, que aquella clara mirada y aquel rostro tranquilo habían ocultado durante años enteros el alma más atormentada por el amor y los remordimientos. « Algún día, escribía á d'Alembert, os contaré cosas que no se encuentran en las novelas de Prévost ni en las de Richardson. » Pero nunca recibió más confidencias. Ignoró su novela. El yerno del conde de Aranda<sup>1</sup>, el célebre ministro español Sr. de Mora, gentilhombre que fué un momento « la esperanza de España<sup>2</sup> » y murió muy joven, había permanecido en París en 1766; se encontró con la Srta. de Lespinasse y se amaron.

Pero pronto tuvo el Sr. de Mora que regresar á España, enfermo del pecho y ya desahuciado. Dos años más tarde, sintiendo que se le acababan las fuerzas y queriendo volver á ver á la que amaba, salió de Madrid para volver á Francia. Pero no pudo llegar á París y murió en Burdeos. No le había olvidado la Srta. de Lespinasse, pero había entretanto encontrado á otro hombre, ilustre también ó que no había de tardar en serlo, según se creía, el Sr. de Guibert, y, á pesar de sus remordimientos, á pesar del recuerdo de su amigo que se moría, no había podido menos de amarle locamente. Empezó entonces en su alma una lucha espantosa, un tormento de todos los días que hizo más dolorosa aún la muerte del Sr. de Mora. Verdadera víctima del amor, permaneció la Srta. de Lespinasse destrozada desde entonces por su nueva

1. El autor, siguiendo en esto la tradicional costumbre francesa de estropear todo nombre español, dice *Arandes*, en vez de *Aranda*. (N. del T.)

2. Ignoramos á que alude al llamar « la esperanza de España » á aquel joven cuya estancia en París sólo prueba que era *sobrino de su tío* y que ya se cultivaba el *nepotismo*. (N. del T.)

pasión y sus remordimientos. Probó el amargo placer de sentirse anadada y vencida por un sentimiento fatal, se despreció y se maldijo á sí misma, pero sin poder dejar de amar. Sus cartas al Sr. de Guibert son el más conmovedor libro de amor que hay en toda nuestra literatura y jamás se habrá visto quizás un talento tan grande al servicio de una pasión tan profunda.

No duró largo tiempo aquel drama interior. En 1776 tres años después del día en que había encontrado al Sr. de Guibert, falta de fuerzas, agotada por tanto sufrimiento contenido, pues había sabido ocultarlos á los ojos de todo el mundo, vió acercarse aquella muerte que tanto había ansiado.

Si fué la Srta. de Lespinasse rival de su ama, estuvo la Sta. de Launay (1684-1750) á punto de tener la misma suerte.

Queriendo un día la turbulenta duquesa del Maine burlarse por cartas de su amigo Fontenelle, se acordó de una de sus camareras, que era como él originaria de Normandía y que le conocía bastante bien. Era la Sta. de Launay. Tomóla por secretaria y se maravilló al observar que tenía ingenio. Fontenelle, por su parte, al recibir la misiva se extasió y quiso conocer á su autora. La criada fué sacada de su obscuridad y los tertulianos de Sceaux, admirados con su inteligencia, la admitieron en seguida en sus reuniones, en las famosas Noches Blancas. Todos se hicieron amigos suyos y hasta se enamoró de ella el viejo Chaulieü.

Pero era pobre, de origen muy modesto, llevaba solo el nombre de su madre, y estaba condenada á sufrir la protección despótica de la duquesa, que, á pesar de sus éxitos de ingenio, la mantenía siempre en una especie de domesticidad. Cuando se urdió la famosa y risible conspiración de Cellemare, dirigida contra el Regente, la Sta. de Launay se vió comprometida por las locuras de su ama y fué embastillada. Fué aquel el mejor tiempo de su existencia: « En la cárcel, dijo, no hace uno su voluntad, pero tampoco hace la de los demás ». Allí permaneció dos años, creyó amar á su compañero de cautiverio, el caballero Mesnil, que se apresuró á olvidarla cuando salió de la cárcel y, cuando después de aquellos acontecimientos, volvió á encontrar á la egoísta duquesa del Maine, ésta la acogió diciéndole: « ¡ Ah! es la Srta de Launay; cuánto me alegró de verla! » y nada más. Algunos años después se casó con un gentilhomme del regimiento de guardias suizas, el Sr. de Staal, pobre como ella y que no pudo sustraerla á aquella eterna domesticidad en la que tanto había sufrido.

La Sra. de Staal de Launay tenía una conversación encantadora, y manejaba la pluma con gran facilidad. Sus *Memorias*, en las que nos refiere detalladamente, con algo de amargura, su vida llena de desencantos y aventuras, ocupan un buen puesto en nuestra historia literaria.

La Sra. de Graffigny fué más ávida aún de gloria literaria (1693-1738). No se contentó con ser la reina de un salón y pasar por una mujer de ingenio, sino que soñó con otros lauros y fué escritora. Casada con un viejo chambelán del duque de Lorena, enfermo y brutal, tuvo que separarse de él y vino á París, como un joven poeta de provincia, á buscar fortuna. Probó el teatro; su primer drama, *Cenia*, fué casi un éxito; el segundo, la *Hija de Aristides*, una derrota completa. Pero la novela que publicó en 1746, *las Cartas de una Peruana*<sup>1</sup> no tardó en estar en todas las manos. Á decir verdad no lo merecía mucho, pero estaba de moda el exotismo y la Sra. de Graffigny nos llevaba al país de los incas. Su heroína Zeila era una virgen consagrada al sol, y gustó la obra tanto como el *Troglodita* de Montesquieu. Los nombres solos de Pachamacac y de Mancocapac le valieron admiradores. El estilo de la novela era flojo, pero la forma epistolar, que había imitado la Sra. de Graffigny de Richardson, tuvo gran éxito é hizo fortuna. Restif de La Bretonne y Rousseau emplearon el mismo procedimiento. Las tiernas declaraciones de la adoradora de Pachamacac no nos hacen ya derramar lágrimas y todo el mundo ha olvidado *Las Cartas de una Peruana*. Pero no nos ha dejado únicamente la Sra. de Graffigny aquella novela mediana y aquellas malas tragedias. Habiéndose detenido en Cirey en 1738 cuando se dirigía hacia París, tuvo ocasión de ver allí á Voltaire y á la Sra. du Chatelet. En una serie de cartas escritas rápidamente y que no estaban destinadas á la publicidad, nos refiere con todos sus pormenores la vida de los ilustres amantes. Las cartas no tienen sino un interés literario muy mediano, pero su interés histórico es capital. Allí encontramos á Voltaire íntimo, ni exagerado ni halagado, muy parecido, irritable, maniático, regañón y cargante; asistimos á las reuniones de la noche en que da representaciones de títeres y de linterna mágica, y vemos á la Bella Emilia encerrarse en su laboratorio, entre sus infolios y su retortas. Todo esto nos cuenta la Sra. de Graffigny, sin ninguna malicia por lo demás.

Voltaire decía de la marquesa du Chatelet (1706-1749): « Una mujer que ha traducido y explicado á Newton, y que había hecho una traducción de Virgilio sin dejar sospechar en su conversación que había realizado todos aquellos prodigios; una mujer que nunca profirió una mentira: una amiga atenta y fiel: en una palabra, un grande hombre. » Este retrato, como oración fúnebre que es, contiene algunas inexactitudes; no es menos cierto que la Sra. du Chatelet era un gran sabio, que tenía cualidades de espíritu y de carácter enteramente mas-

1. Véase la nota pág. 346.

culinas. Pero escuchemos otra campana. « Representaos una mujer alta y flaca, de tez coloreada, rostro agudo, y nariz puntiaguda : tal es el aspecto de la Bella Emilia ; y está tan contenta con su cara que no escatima nada para hacerla valer : rizos, cintas, pedrerías, abalorios, todo lo emplea con profusión ; pero como quiere parecer bella á pesar de la naturaleza y quiere ser magnífica aunque no tiene fortuna, se ve obligada, para tener lo superfluo, á privarse de lo necesario, como de camisas y otras pequenezas. Trabaja con tanto esmero en aparentar lo que no es, que al fin no se sabe lo que es en efecto ; sus mismos defectos no son quizás naturales ; acaso los aparenta también. » Esto dice la Sra. du Deffand, pero no debemos fiarnos demasiado de sus palabras, aunque en todas las caricaturas hay algo de cierto. Corrigiendo uno con otro ambos retratos nos podremos formar una idea aproximada de la marquesa.

Su carácter más singular era seguramente una mezcla casi incomprendible de futilidad y de seriedad. Es muy cierto que fué, como dijo Voltaire, una mujer sabia. Es muy cierto, como cuenta la Sra. du Deffand, que fué una gran coqueta entre las damas de su época, que desde este punto de vista no se dejaron sin embargo aventajar por ninguna. Sabía latín, inglés, italiano, y se entretenía leyendo á Cicerón y discutiendo á Leibnitz. De esta suerte evitaba más de un defecto femenino, entre otros el de la maledicencia. Pero era también una gran enamorada, ó por lo menos quería que la tuviesen por tal ; tuvo varias intrigas y acabó por seducir á Voltaire.

En 1734, perseguido á causa de sus *Cartas Inglesas* y amenazado con la Bastilla, que ya había tenido ocasión de probar, halló Voltaire un refugio en su casa, en Cirey. Hacía ya cerca de un año que era su amiga. Á partir de aquella fecha hizo todos los años largas estancias en Cirey y no volvió á aparecer en París más que á intervalos. Fué aquel, gracias á la Bella Emilia, á su espíritu serio y á su amor á la ciencia, uno de los períodos más fecundos de su vida. La Sra. du Chatelet le inspiró la afición á los estudios austeros, le apartó de las vanas polémicas en que malgastaba su talento. Había tomado lecciones de Maupertuis, de Bernouilly, de Clairaut y estudiaba á Newton. Convirtieron en laboratorio el castillo de Cirey.

Cuando fueron á Sceaux, se rió mucho la Srta. de Launay de aquella pareja sabia en que el hombre era el menos ridículo, mientras que la mujer necesitaba todas las mesas de la casa para extender en ellas sus trabajos, y escribía á la Sra. du Deffand :

« La Sra. du Chatelet ha cambiado ayer de casa por tercera vez : no podía soportar la que había escogido ; hacían mucho ruido y había humo sin fuego (aunque me parece que éste debería ser su emblema). No le estorba el ruido de noche, sino de día, en medio de su trabajo, pues es-

torba á sus ideas. Está pasando actualmente revista á sus principios. Es un ejercicio que renueva cada año, pues si no, podrían éstos escaparse é irse acaso tan lejos que no pudiera encontrar uno solo. Creo que su cabeza es una cárcel para ellos y no una estancia agradable, por eso tiene que vigilarlos tan cuidadosamente. »

Voltaire y Emilia prepararon ambos una Memoria acerca de la Propagación del Fuego para la Academia de Ciencias. Esto no impedía á la marquesa volver á ser mujer y coqueta todas las noches y representar comedias con Voltaire en un teatro de salón.

Duró aquel idilio newtoniano hasta la muerte de la Sra. du Chatelet, en 1749. Hubo, sin embargo, una nube hacia el fin : la Bella Emilia se enamoró de Saint-Lambert y fué infiel á Voltaire. Pero éste tomó la cosa bastante bien y perdonó á su joven rival. Algunos días después de la muerte de la dama, hizo buscar por un criado una sortija en que la marquesa había puesto su retrato en el chatón. Le contestaron que se había encontrado la sortija, en efecto, pero que contenía en lugar del suyo, el retrato de Saint-Lambert. « ¡ Lo que son las mujeres ! murmuró filosóficamente Voltaire ; yo había hecho quitar el de Richelieu, y Saint-Lambert ha ocupado mi puesto. Un clavo saca otro clavo. »

Si Voltaire tuvo sus amores, Rousseau tuvo sus intrigas y, al hablar de él, nos vienen en seguida á la memoria los nombres de la Sra. de Epinay y de la Sra. de Houdetot. Fueron éstas igualmente amables mundanas.

Se relacionan encantadores recuerdos con el nombre de la Sra. de Epinay de La Live (1725-1783), mujer de un asentista, que la abandonó en parte para enredarse con bailarinas ; querida del amable Francueil, y de Grimm ; amada por Rousseau, á quien albergó en su Ermita de Montmorency, á quien aceptó de huésped y de *oso*<sup>1</sup>, pero á quien rechazó como enamorado : corresponsal viva é ingeniosa del abate Galliani ; madre novelesca que tuvo la debilidad de meterse en la educación de sus hijos ; autora fácil y prolija que ha puesto en novela su biografía, escrito tratados de educación y dejado de si misma este retrato :

« No soy bonita, pero tampoco soy fea. Soy pequeña, delgada, muy bien formada, parezco joven, pero sin frescura ; noble, suave, viva, ingeniosa é interesante. Mi espíritu es lento, justo, reflexivo y sin perseverancia. Mi imaginación es tranquila. Tengo en el alma vivacidad, valor, firmeza, elevación y excesiva timidez. Nací tierna y sensible, constante y nada coqueta. »

Sus amores con Grimm tuvieron un principio novelesco. La cuñada

1. En francés se llama *oso* en sentido figurado á la persona que huye del trato social. Como se ve esto dista mucho de lo que nosotros llamamos : *hacer el oso*. (N. del T.)